

"YO SOY UN HOMBRE DE LETRAS..."

POR FERNANDO DEL PASO

Yo soy un hombre de letras, señores, y por lo tanto casi pacífico. Y digo casi pacífico, porque una muerte me pesa en la conciencia. Pero la pagué con creces, la pagué con esas mismas letras de las que les hablo, que al mismo tiempo son más de las que ustedes se imaginan, y muy pocas. O mejor dicho eran, porque por un lado tenía yo más de tres mil letras diferentes, y por el otro sólo veintiocho, pero todas se desacompletaron cuando ocurrió el sucedido. Yo las llevaba en un cofre que a su vez llevaba en una mula con la que recorrí el territorio nacional de Yucatán a Sonora, para poner mis letras al servicio de la República. Yo nunca me he encargado de transportar de un lugar a otro un mensaje escondido en un trozo de cecina, y mucho menos un mensaje metido en el casquillo de una bala a su vez metido donde ustedes podrán deducir por suposición. Pero yo escribí muchos de esos mensajes con mi propio puño y letra. Yo nunca he pronunciado un discurso o una filípica, ni firmado un edicto o un decreto: pero los he escrito. Para eso me pinto solo, o me pinto y me escribo, las dos cosas, porque mi amor a las letras me ha llevado también a hacer letreros de todos los tamaños y colores. Los primeros libros que leí en mi vida, y que todavía sigo leyendo, fueron *El Quijote* y *Las mil y una noches*. Pero antes de que yo aprendiera a leer, cuando apenas tenía seis años de edad, mi padre, que trabajaba en una imprenta, sacó de su ropero un estuche que tenía un alfabeto de plata refulgente, y con unas pinzas cogió letra por letra y las colocó en fila sobre la mesa, de la A a la Zeta. Mi padre, que nunca bebía sino en las grandes ocasiones, se sirvió una copa de aguardiente de uva y me dijo que aunque él lo que se llama pobre de pauperidad nunca había sido —y me recordó que teníamos dos vacas, tres puercos y diez gallinas— no podría dejarme mucho si de casas o tierras aledañas estába-



mos hablando, pero que me iba a dejar el patrimonio más rico del mundo, que eran esas letras que valían no tanto porque eran de plata sino, como dijo mi padre, por su valor intrínseco. Con esas veintiocho letras se fundan y se destruyen imperios y famas, me dijo, con ellas se escriben cartas de amor perfumadas con pachulí y se redactan, con sangre ajena, condenas de muerte. Con ellas yo no sé si Homero escribió *La Odisea* y Esopo sus *Fábulas*, porque los dos eran ciegos, pero alguien, de todos modos, las escribió. Con estas letras se hacen los periódicos y las leyes, con ellas se hicieron la Revolución Francesa y nuestra Constitución y con ellas Don Ignacio Ramírez alias El Nigromante escribió sus primeros artículos periodísticos aparecidos en *Don Simplicio*. Con las letras se da vida a las causas y a los hombres, con ellas se les da muerte. Con ellas, acomodándolas unas veces en una forma y otras veces en otra, en grupos de dos, de cinco o de veinte y luego poniéndolas en hilera, tu podrás ayudar, hijo, a escribir la Historia de nuestra Patria, así con mayúsculas, y escribirás tu propia historia para bien o para mal, para tu honor o tu vergüenza. Mi padre me dio entonces las primeras nueve letras del alfabeto y me dijo para ganarte las otras tendrás primero que aprender que la letra con sangre entra. Y así fue: cuando se me cayó mi primer diente lácteo, dicho sea de leche, y lo puse bajo la almohada, al día siguiente no me encontré allí una moneda, sino una I de plata. Cuando se me cayó el segundo me encontré la Jota, y así sucesiva y posteriormente hasta que sin quererlo me tragué el último diente y como resultado tuve que buscar la Zeta no debajo de la almohada sino junto a unos magueyes y, como dijo mi padre, en la hez y la haz de la tierra. Mi padre, que Dios lo tenga en su Santa Gloria, feneció hace mucho tiempo: yo mismo le escribí un epitafio insigne que lo labraron según mis instrucciones con letras góticas en una lápida de mármol serpentino. Pero el viejo alcanzó a vivir lo suficiente como para enseñarme a leer y escribir y a fomentarme el inmarcesible amor a las letras, al grado que él mismo con sus propias manos paró las tipografías de mis primeros panegíricos sobre la Patria y los imprimió y los dos los repartimos en el mercado del pueblo. Me refiero al pueblo donde nací, Zumpango del Río, al que no he vuelto hace varios años, desde que decidí irme a la capital para inculcarme una mejor educación y después pelear contra los invasores y el austriaco pero, y como hubiera dicho mi padre, no con el filo de la espada sino con el fulgor de la pluma. Qué iba a saber entonces que me habría de pesar un muerto en la conciencia, yo, imaginense ustedes, que al igual que el presidente Don Benito Juárez, nunca he tenido una pistola o un fusil en las manos, ni siquiera un arma blanca con qué ponerme a pelar unas naranjas. Entre una cosa y otra, lo segundo que hice fue viajar por toda la República a caballo y a pie, en diligencia y en burro, y hasta en canoa aligera, para saber



de lo que estaba yo escribiendo, y sobre todo de lo que quería yo escribir. Y lo que comencé por hacer fueron poemas a los bosques de Guerrero, a las serranías de Durango y a las selvas de Quintana Roo. En la capital, aprendí a ser lo que llaman Evangelista, que son los que se colocan en los portales de las plazas con sus escritorios azules para escribir las cartas de los que no saben escribir. Y allí, de las diez de la mañana a las ocho de noche escribí miles de cartas de declaraciones y confirmaciones de amor, de rencor y de despecho, cartas de desahucio y de pésame, cartas a licenciados y senadores, a curas de parroquia y presidentes municipales. Y me fue muy bien no sólo porque yo me las sé ingeniar



sino porque mi padre, además del amor a las letras y del alfabeto de plata, me heredó una lista de esas fórmulas de cortesía y civilidad como Muy Señores y Estimados Míos o Su Seguro y Más que Atento Servidor, y una lista con una retahíla de palabras poéticas que les sugería yo a los novios y a los amantes y a los hijos pródigos para que sus pretendidas, sus esposas o sus señoras madres se enteraran de lo gélido que estaba su corazón o de lo nubífero que al parecer se estaba poniendo el tiempo. Eso, sin hablar del rosicler de los crepúsculos, que costaba varios reales más. Después de ser poeta, y cuando leí en la *Revista Científica* las entregas de *El fistol del diablo* de Don Manuel Payno, lo que más quise ser en el mundo fue hacer una novela, y allí traigo una en el cofre donde cargo mis tipografías, mis pinceles y mis letreros impresos, pero yo creo que se va a quedar a medias por *Secula Seculorum* porque a cada rato me dejan de gustar unas cosas que ya escribí y me empiezan a gustar otras que no sé cuándo escribiré. Y porque por si fuera poco, desde el sucedido de Querétaro también se me desacompletó todavía más. Eso, el escribir novelas, me llevó no tanto por casualidad sino por causalidad, como diría mi padre, a ser periodista: porque en mis panfletos y artículos lo que quiero decir lo digo pronto, y quedó dicho. Aunque eso de ser periodista es muy relativo: me he cansado de mandar mis escritos a los periódicos y no me los publican, y yo pienso de que pura envidia, porque lo que es una ortografía impoluta y una gramática prístina nunca me han faltado, gracias a Dios. O gracias a mi padre. Mientras tanto, como simple mortal he tenido que hacer de todo un poco para ir la pasando, y como también se ve que tengo facilidad para el dibujo, lo combiné con mi vocación para las letras y me puse a hacer anuncios y letreros. Si pasan ustedes por Tlalixcoyan, que es un pueblito del estado de Veracruz, ojalá vean una pulquería que se llama La Consolidada: yo pinté su nombre, y yo fui el que escogió sus letras, que son gordas y rojas y fileteadas de plata como tiene que ser y como su nombre lo indica todo lo que se consolida. Casi no hay un estado de los diecinueve que abarca la Nación, señores, donde no haya una cantina, una tlapalería, una tienda de ultramarinos cuyo letrero no haya pintado yo, con letras Pica o San Serrife rojas o amarillas, o Clarendon y renacentistas azules y negras, que son los nombres de las distintas tipografías que he ido coleccionando en el transcurso de mi vida y que traigo en mi cofre al servicio de la República. Quiero que quede bien claro que no me gusta comercializarme, y que pintar letreros no es lo que más prefiero hacer, pero como les dije, sirven para que me gane el pan y a veces, como diría mi padre, literalmente, que no es lo mismo que literariamente: cuando pasé por segunda vez por la capital y viví en la calle de Tacuba, pinté el letrero de la panadería El Golfo de Vizcaya, para el que no pude escoger las letras porque el dueño era un ga-

chupín empecinado que ya las tenía escogidas, pero me pagaron con pan dulce durante tres semanas con la ventaja adicional de que yo podía elegir lo que quisiera: semitas, alamares o chilindrinas, lo que fuera. Quién me iba a decir entonces que a esa misma panadería iba a llegar una madrugada el propio emperador Maximiliano, al que le gustaba salir de incógnito para ver cómo vivía y trabajaba su pueblo, o lo que digamos él llamaba su pueblo, y me contaron que tocó a la puerta pero que no creyeron que era él y lo mandaron al diablo con cajas destempladas. Mientras tanto, durante esas tres semanas que pasé a pan y agua, por así decirlo y por hacer gala a la metáfora, le escribí varias cartas al presidente Don Benito Juárez, Excelentísimo Señor, le dije, felicitándolo por las Leyes de Reforma, y mandé un artículo al *Monitor Republicano* que nunca apareció, lo que me hizo reflexionar que quizás a mis escritos no los publican porque son muy épicos o tal vez, y eso lo digo por lo bonito que suenan cuando los leo en voz alta y porque me parece que son más bien para ser recitados que para ser leídos, tal vez, decía, no los publican porque son demasiado acústicos. Y ahora me permitirán ustedes una disquisición que al fin y al cabo no lo será tanto, pero lo de la panadería me recordó que una vez que viajé a La Loma, en el mismo estado de Veracruz arriba susodicho, me contaron que la semana anterior habían pasado por el pueblo unos guerrilleros de los nuestros y habían asesinado al panadero que estaba amasando la harina y que después, con su propia sangre, habían acabado de amasarla, y yo me dije cómo pueden ser tan bárbaros si dicen que están luchando al lado de Don Benito Juárez por las mismas cosas. Y casi me iba yo a poner a escribir un artículo sobre eso, cuando me dije para qué darle munición al enemigo, y además a lo mejor ni siquiera es cierto o son exageraciones.



En La Loma, con letras versalitas azules y alargadas pinté un letrero para una tienda que vendía hielo traído a lomo de mula desde el Pico de Orizaba, y más adelante, en tierras todavía más calientes, otro que decía Se Prohibe Matar Zopilotes, pero ese no quise que me lo pagaran, porque como habrán de saber ustedes, los zopilotes no sólo se comen la carroña sino también todos los desperdicios y la basura que desperdigan los habitantes y que alborota el viento Norte. Esa fue mi contribución a la limpieza de la ciudad, y hasta diría a la higiene de la circunfusa. Mi contribución a la guerra contra los invasores la hice esa misma noche en que me levanté a escondidas y, con mala letra y faltas de ortografía, como si fuera yo otra persona, en el mismo letrero y abajo de donde decía Se Prohibe Matar Zopilotes, escribí Pero se Permite Matar Franceses. Y no menosprecien ustedes estos detalles, porque de minúsculos granos de arena, como decía mi padre, está formado el lecho inmenso del mar ecuóreo. No siempre me pagan en especie, por supuesto, aunque si me hubieran pagado este letrero y su añadido correspondiente con zopilotes vivos y con franceses muertos, aquellos se hubieran comido a aquestos y asunto concluido. En otra ocasión hice el letrero para una tabaquería y me pagaron con cigarrillos. Desde entonces cogí el vicio, ni modo de desperdiciarlos. Otra vez hice el letrero de una lavandería y me dijeron que sólo me podían pagar lavándome la ropa durante un mes y pico, pero como entonces era época de vacas flacas y yo no tenía otra ropa que la que traía puesta, tuve que pintar el letrero de una tienda de pantalones y camisas y pedirles que me pagaran en especie para tener qué lavar. Pero si en La Loma me hubieran pagado así, qué hubiera hecho yo con tanto hielo, díganme, sino acaso aprender que, como decía mi padre, a veces el hielo se derrite menos presto que el dinero.

El caso es que, y para irme acercando más a lo que les iba a contar, durante mis viajes por la República me di cuenta de lo mucho que los invasores humillaban y hacían sufrir a los mexicanos. Yo recuerdo el día en que a un hacendado de nombre Villegas, que de buena fe le dio un banquete a ese desgraciado del coronel Du Pin, el del enorme sombrero y las grandes botas amarillas, lo hicieron probar primero toda la comida, como si hubiera querido envenenarlos. Y yo vi a los oficiales republicanos que se llevaban prisioneros a Francia, o a la Isla del Diablo, sepa el mismo a dónde, cómo iban sosteniéndose los pantalones porque les habían quitado todos los botones para que no pudieran escapar. Y eso no es nada. Porque si fue cierto que el general Escobedo dijo en una proclama —y fue cierto porque yo ayudé a parar la tipografía— que le prometía a sus soldados el pillaje de todos los pueblos que no se sometieran en una fecha determinada al gobierno de la República, también fue cierto que por donde pasaban las contraguerri-

llas francesas no quedaba un crucifijo o una copa de plata en las iglesias, y lo que es peor, no quedaban casi vírgenes, y con ello no me refiero, señores, a las que están quietecitas en los nichos de los templos. Y si es cierto también que los nuestros les aplicaban el suplicio de la cuerda a los franceses antes de ejecutarlos —lo cual por otra parte no me consta—, también fue cierto que los franchutes colgaban de los árboles a los emisarios juaristas, yo los ví, balanceándose como racimos de plátanos del árbol más grande de la plaza principal de Medellín. Y aunque no fuera del todo cierto, pues para eso se inventó la fantasía y hay que ponerla, digo yo, al servicio de la causa, esa misma fantasía que yo traigo adentro desde que lei *El ingenioso hidalgo* y *Las mil y una noches*, y por culpa de los cualesdichos libros yo he sido siempre algo así como mitad Quijote y mitad Harún Al-Rashid, como creo que fue también un poco Maximiliano, si se me permite la libertad de expresión, y por eso nunca me cayó del todo mal el desafortunado emperador, pero dije Juárez es el indio prieto que aquí nació, el otro es el austriaco rubio que se vino a meter sin que nadie lo llamara, uno es el Presidente, el otro es el Usurpador, y sin vacilar un segundo o pestañear una duda decidí, como ya les he dicho, poner no sólo mi pluma, sino también mis pinceles, mis tipografías, una imprenta portátil y sobre todo mi talento, al servicio de la República, a pesar de que Don Benito nunca me contestó ninguna de las tres cartas que en total le mandé, y a pesar de que también la fantasía tuvo la culpa de que cuando veía yo a un soldado egipcio con su uniforme blanco y su fez roja, a un húsar con sus galones dorados, a un francés con sus pantalones carmesí y a los legionarios y los abisinios y los jenizaros y hasta a los Cazadores Africanos a quienes llamaban los carniceros azules, casi me daban ganas de estar de

su lado, si no en México, si cuando menos en otras guerras, en lugares muy lejos de aquí que tuvieran nombres muy raros, y donde hubiera oasis y camellos, odaliscas y alhamoras. Me cabe el orgullo de saber a ciencia cierta que, de haberseme ofrecido la oportunidad de hacer el letrero de una fábrica de armamentos, me hubiera negado. Aunque tengo que confesar que una vez pinté el letrero de la fábrica "La Esperanza", de la que salían las telas de algodón con las que se hacían uniformes para los imperialistas, pero en las noches, con la misma pintura y con las mismas brochas que usaba en el día, pinté en las bardas y en los muros del pueblo letreros que decían "Muera Maximiliano". Otras de mis contribuciones a la causa no fueron tan modestas, y todas, unas más y otras menos, tuvieron que ver con las letras. Una de las veces que el presidente Juárez cambió la capital del gobierno, yo ayudé a distribuir la proclama donde decía algo así como La toma de Madrid no le dio a Napoleón el triunfo en toda España, la toma de Moscú no le dio la conquista de Rusia. En otra ocasión me pasé pintando tres días letreros equivocados que iban a señalar la dirección de pueblos y lugares para donde no estaban, porque según una idea que tuve queríamos que se perdiera un destacamento belga y de ser posible que se estuviera dando vueltas, pero no contamos con que traían sus mapas fluviales y logísticos. Otra vez tuve un gran proyecto, que fue poner en un cerro pelado de un pueblo un enorme letrero hecho con piedras pintadas de blanco que dijera Viva Juárez, y que se pudiera leer a tres leguas a la redonda, o cuando menos a la semirredonda porque el letrero no le iba a dar sino media vuelta a la loma. Cinco días estuvimos yo y los ayudantes que me destinó el alcalde llevando piedras en una carreta porque en el cerro ni piedras había, y pintándolas con agua de cal, y cuando ya teníamos escrito el Viva y ya íbamos a poner la Jota de Juárez, le comunicaron al alcalde que venían en camino las tropas francesas y nos dijo que pusieramos en lugar de la Jota, la Eme de Maximiliano. A lo que yo me negué rotundamente, como sus Mercedes habrán de suponer, y me largué del pueblo no sin antes robarme de la imprenta oficial todas las letras A que tenían, así que durante varias semanas, mientras no les llegaron nuevas remesas de Aes, no pudieron decir nada de Maximiliano, porque de haber querido imprimir su nombre, hubiera quedado más parecido a un año de gracia escrito con números romanos, que a un apelativo. Con las Aes aumentó mucho el peso de mi cofre, pero me fui contento de mi contribución a la causa, y me prometí que se iba a regalar, cuando pasara por ellas, a las ciudades o a los municipios que más las necesitaran, como Jalapa, Tlalpan o Cosamaloapan. De regreso a Tampico, miren ustedes lo que son las ironías melodramáticas de la vida, como diría mi padre: la única vez que tuve oportunidad de publicar uno de mis escritos bélicos, que ya habían aceptado en *El*





Cosaco, una hoja de invectivas contra los imperialistas que dirigía un compadre mío, la única vez, les decía, y la desperdicié. Lo que pasó es que yo había sido testigo de cómo unos guerrilleros juaristas habían rescatado cerca de la costa un ballenero que se llamaba Lance y que ellos rebautizaron con el nombre de La Garza, y yo le hice un poema al sucedido hablando de la garza que renace como el ave fénix y remonta el vuelo con sus raudas alas a ras del mar glauco, y mi compadre se negó a publicarlo junto con mi filípica, pretextando que la política y la poética eran cosas diferentes que debían ir aparte, y yo acabé por retirar mi artículo y largarme del puerto. Después y de pura coincidencia, me enteré



que los juaristas habían llamado así al ballenero no por el pájaro, sino por el gobernador del estado que se apellidaba La Garza, y que no era de las preferencias de mi compadre. Mientras tanto seguí mis viajes y les hice varios poemas a las dunas de Veracruz, a las costas de Colima y a los volcanes de Michoacán, y en los últimos tiempos de mis andanzas sucedió que por las ciudades que yo pasaba, o por ellas acababa de pasar Maximiliano, o por ellas estaba a punto de pasar, de modo que parecía que yo iba siempre pisándole los talones o él me los iba pisando a mí. Otra de mis contribuciones fue ofrecerme en uno de esos lugares como tipógrafo voluntario para parar las letras de una proclama que tenía que decir Viva el Emperador, pero que cuando salió impresa, y gracias a una errata expromesa con la que hasta puse mi prestigio en entredicho, decía Viva el Empeorador. Mis andanzas me llevaron al fin a Querétaro, a donde llegué cuando ya Maximiliano y sus tropas estaban sitiados. Me encaminé al Cerro del Cimatario para ver al General Escobedo y decirle que yo podía imprimirle sus discursos y sus edictos, o hasta escribírselos, si quería, pero estaba muy ocupado con cuestiones beligerantes y no pudo recibirme, lo que no impidió que ipso facto me pusiera yo a trabajar por la causa. Ya para entonces me había iniciado no tanto por la necesidad de dinero como por amor a las letras, en el negocio de los carteles impresos y tenía infinidad de ellos, desde los que se usan nada más de vez en cuando como Se Renta Cuarto Amueblado, hasta los que se cuelgan siempre como Hoy No Se Fía Mañana Sí, o los que se usan, por así decirlo, sólo una vez en la vida, como Cerrado Por Defunción, y me propuse imprimir otros de utilidad en las batallas, aunque por el momento no se me ocurrió ninguno. Pero de ayudar, ayudé y mucho, qué duda cabe. Una vez los imperialistas nos capturaron dos cañones de montaña que teníamos en La Trinidad, con todo y munición, pero unos de sus hombres se quedaron rezagados y los barrieron los nuestros, y un capitán al que yo le escribía sus cartas para su novia me pidió que para cada uno de ellos, tanto los muertos en el encuentro como los heridos que después los nuestros remataron principalmente por no tener con qué curarlos, pintara yo un letrero que dijera Aquí Está Su Cabrón, cosa que yo hice a pesar de que no me gustan las malas palabras, que si acaso las pienso pero jamás las digo y mucho menos las escribo como esa vez, en que usé tinta de imprenta para que no se despintaran con el agua, porque la idea fue la de echar los cadáveres al río cada uno con su letrero amarrado al cuello con el doble propósito de infestar el agua y arredar, o mejor dicho arredrar a los imperialistas. En otra ocasión capturamos a un alemán como de veinte años de edad que según supimos después era el edecán de un príncipe prusiano que a última hora se había agregado a las tropas del emperador, o del empeorador, si me permiten ustedes

la licencia, y le encontramos en el tacón de una bota un mensaje dirigido al general Márquez. Al pobre también lo colgaron y lo echaron después al río con un letrero pintado por mí que decía Aquí Está Su Cabrón Correo. Por último en otra ocasión, cuando ya sabíamos que los sitiados estaban padeciendo de la hambruna, les enviamos de mala broma una vaca en los purititos huesos con un letrero que también yo pinté y que decía Aquí Tienen Para que Coman. No había pasado mucho rato cuando los imperialistas nos mandaron a su vez un caballo de lo más escuálido que he visto, con un letrero no muy bien pintado que digamos desde el punto de vista profesional, que decía Aquí Tienen Para Que Nos Alcancen Cuando Rompamos El Sitio. Y entonces yo colegí que también del otro lado había gente que ponía sus letras al servicio del imperialismo, cosa que nunca pude entender, como cuando me dijeron que el propio emperador Maximiliano escribía versos, y hasta su ministro de la guerra que me ganó una idea que yo tenía, y que era hacer un poema con todas las letras Eme que le fueron al austriaco tan fatídicas: Maximiliano, Miramar, México, Miramón, Mejía, Márquez y Méndez, para no hablar de la Eme de Muerte. Ya alguna vez había tenido la ocurrencia de decirle al emperador que para ganarse al pueblo se cambiara el nombre, que en lugar de llamarse Maximiliano se llamara Meximiliano, y dije qué lástima que no soy publicista del Imperio. Para no hacerles la historia muy larga, les diré que el día en que otro destacamento intentó abrir una brecha en el sitio, estaba yo muy quitado de la pena junto a la cueva donde dormía y tenía mis cosas, cuando escuché unos ruidos. Caminé de puntitas hasta el borde de la ladera, y allí, al fondo, a unos diez metros justos abajo

de mí en línea recta, se arrastraba un soldado imperialista con un fusil, y sospeché que le iba a apuntar a un capitán de los nuestros que estaba más o menos cerca viendo el campo de batalla con su largavista. Me hubiera gustado leerle a ese soldado imperialista un discurso improntu para que se pasara de nuestro lado, me hubiera gustado leerle un poema lírico sobre la Patria, para que dejara de ser traidor. O cuando menos lo que hubiera querido hacer era haberle gritado al capitán para que se cuidara, pero me di cuenta que apenas abriera yo la boca el cabresto ése, perdonando el eufemismo, me hubiera descerrajado un tiro, y yo me dije en una revolución, y como decía mi padre, vale tanto o más un hombre de letras que un militar. Y gracias a que me acordé en esos momentos de mi padre, y de lo que me dijo una vez que con las letras se da vida a las causas y a los hombres, y que con ellas se les da muerte, que tuve la inspiración que ya ustedes se habrán imaginado. Fui a la cueva, cargué el cofre que tenía las tipografías, me acerqué de puntitas al borde de la cañada, y le aventé el cofre al soldado, que le cayó en la cabeza apenas a tiempo, porque todavía alcanzó a salir el tiro de su fusil, pero desviado. Y esa es la muerte que les decía que me pesa en la conciencia. Y que pagué tan cara porque el cofre se abrió y la mitad de las hojas de mi novela salieron volando y con ellas mis tipografías, incluyendo el alfabeto de plata que me dio mi padre y que se desperdigaron sin remedio por la ladera, aparte de las muchas que se rompieron. Muchas semanas después, cuando ya había caído Querétaro y habían juzgado y fusilado al emperador, yo seguía encontrando letras entre las piedras, el polvo, los breñales y los espinos, y hubo muchas, claro, que ya nunca encontré y entre ellas, que tanto me dolieron y aún no me resigno, cuatro de las letras de mi alfabeto de plata: la Ge, la Hache, y la Zeta. La Eme no es que en realidad no la hubiera encontrado: ya la tenía bien ubicada, ya había visto sus patitas fúlgidas brillar entre una zarza, cuando no sé de dónde ni cómo se apareció de repente un malhadado pájaro negro que se la llevó en el pico. Pero antes de eso, antes de la larga y como diría mi padre infructuosa búsqueda, yo quise ver cómo era la cara del muerto, así que le quité el cofre de encima y le di la vuelta. Allí, entre esa profusión de sangre y letras de todos los tamaños y formas, de Aes que se le metieron en las orejas, de Eñes y Equis que se le enquistaron en los sesos, de Oes y Dobleúes, vi sus ojos que habían quedado abiertos y que tenían una expresión entre incrédula y beatífica, entre impertérrita y estupefacta, como si se hubiera dado cuenta que lo había sorprendido una de las muertes más inverosímiles y más extravagantes, y hasta diría yo más peripatéticas de entre todas las que suelen suceder. Porque ustedes, señores, estarán de acuerdo conmigo en que no todos los días se puede matar a alguien con el peso de las letras, y, como diría mi padre, no tanto literariamente como literalmente.

